

Rafael Rojas

Motivos de Anteo

Patria y nación
en la historia intelectual
de Cuba

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| AGRADECIMIENTOS | 11 |
| PREFACIO | 13 |
| INTRODUCCIÓN | 15 |
| PARTE I: LOS NOMBRES DE CUBA | 39 |
| I.1: TIERRA, SANGRE Y MEMORIA | 41 |
| I.2: OTRAS SOBERANÍAS DE LA PATRIA | 79 |
| I.3: LECTURAS FILIALES DE JOSÉ MARTÍ | 113 |
| PARTE II: EL MIRADOR DE LA REPÚBLICA | 141 |
| II.1: ¿OTRO GALLO CANTARÍA? | 143 |
| II.2: RAMIRO GUERRA: LA MEMORIA DE UN PATRICIO | 165 |
| II.3: VARONA, MAÑACH Y LA FE DE LOS ESCÉPTICOS | 201 |
| II.4: FERNANDO ORTIZ: CONTRA EL <i>HOMO CUBENSIS</i> | 249 |
| PARTE III: POÉTICAS DE LA HISTORIA | 277 |
| III.1: TIERRA SIN <i>TELOS</i> , SIN PARTICIPACIÓN | 279 |
| III.2: ¿GRAVITACIÓN EN LOS MÁRGENES? | 307 |
| III.3: NEWTON HUYE AVERGONZADO | 327 |
| III.4: TAN CALLADO EL MAESTRO | 343 |
| III.5: TRADICIÓN POR FUTURIDAD | 361 |
| BIBLIOGRAFÍA | 379 |

Prefacio

CUANDO hace algunos años comencé a tomar notas para la composición de este libro, pensé que se trataría del primer volumen de *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano* (2006). Mi objetivo era, entonces, desarrollar históricamente algunas ideas sobre el nacionalismo cubano propuestas en *Isla sin fin* (1998), una compilación de mis primeros ensayos. Con el tiempo, los capítulos dedicados al siglo XIX y, sobre todo, a cuatro grandes intelectuales republicanos (Enrique José Varona, Ramiro Guerra, Fernando Ortiz y Jorge Mañach) y a la revista *Orígenes*, crecieron demasiado y me pareció mejor independizar cada volumen.

Aunque un lector atento encontrará que aquí, como en *Tumbas sin sosiego*, tomo distancia de algunas ideas, formuladas de manera contundente y reiterativa en *Isla sin fin*, estos libros pueden ser leídos como una trilogía inconclusa. Una trilogía, siempre por terminar o actualizar, ya que el período revolucionario no ha sido desarrollado en ninguno de los ensayos, a pesar de constantes alusiones al mismo. La Revolución es en estos textos una presencia o un ocaso desde el cual se atisba la historia intelectual del siglo XIX y la primera mitad del XX, pero nunca, plenamente, un tiempo historiado.

La redacción de estos ensayos no hubiera sido posible sin el año sabático que me concedió el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), mi institución en la Ciudad de México, durante el primer semestre del 2007, y sin la invitación que amablemente me hicieron los profesores Arcadio Díaz Quiñones y Carlos J. Alonso, para permanecer esos meses en Nueva York, como profesor visitante en las universidades de Princeton y Columbia. A ellos dos, a la dirección del CIDE, y a los amigos que leyeron y editaron este manuscrito, especialmente a Victor Batista y Antonio José Ponte, todo mi agradecimiento.

Este libro fue pensado y escrito para la editorial Colibrí, en Madrid, que felizmente lo publica. Versiones preliminares de algunos fragmentos, luego corregidos y aumentados, aparecieron, entre 2001 y 2005, en *Apuntes Postmodernos* (Miami), *Encuentro de la Cultura Cubana* (Madrid), *Cuban*

Studies (Miami), *Revista Hispánica Moderna* (Nueva York), *Cubista Magazine* (Los Ángeles) y *La Habana Elegante* (Atlanta). Un primer borrador del acápite “Newton huye avergonzado” fue incluido en la antología de Rita Molinero, *Virgilio Piñera. La memoria del cuerpo* (San Juan, Puerto Rico, Editorial Plaza Mayor, 2002).

México D.F., octubre de 2007

Introducción

I

UN modo posible de estudiar una época de construcción nacional, como la que se extiende entre fines del siglo XVIII y mediados del XX, en Cuba, sería la hermenéutica de dos o tres nociones básicas, en torno a las cuales se articulan el repertorio simbólico y la formación discursiva de la comunidad naciente. Un recorrido por las significaciones históricas que se atribuyen a entidades tan decisivas para la constitución del sujeto moderno, como la tierra, la sangre y la memoria, permitiría remontar, por una ladera, el devenir de las representaciones nacionales.

En su libro *Giro lingüístico e historia intelectual* (1998), el historiador argentino Elías José Palti proponía acelerar el tránsito de la tradicional “historia de las ideas” a la nueva “historia intelectual” por medio de una arqueología de los conceptos socializados en un período determinado¹. Si la cultura, a partir de los estudios postestructuralistas, es entendida como “texto”, la historia debe ser, entonces, una forma del saber que narre la práctica social de nociones escritas y leídas en ese horizonte textual².

Una topología literaria, similar a la practicada por Mario Praz en *La carne, el diablo y la muerte en la literatura romántica* (1999), por ejemplo, busca la destilación del legado intelectual postclásico, bajo la forma de algunos conceptos recurrentes. En aquel libro, tan bien recibido por la crítica, Praz se enfrentaba a toda una tradición del pensamiento literario occidental, coronada por Max Nordau y Benedetto Croce que, desde el biologicismo o el historicismo, había catalogado las representaciones culturales de la época romántica como patologías del alma o el cuerpo³.

¹ Elías José Palti, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 1998, pp. 19-24.

² *Ibid.*, pp. 25-34.

³ Mario Praz, *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, Barcelona, El Acantilado, 1999, pp. 33-61.

Entre fines del siglo XVIII, cuando la introducción del modelo de plantación azucarera esclavista y el acceso a las primeras ideas e instituciones ilustradas generan, entre la población blanca, negra y mestiza, un discurso de pertenencia y apropiación de la tierra, hasta mediados del siglo XX, cuando se produce la modernización jurídica y política del orden republicano, la cultura cubana experimenta un largo proceso de transición de la *alteridad* criolla a la *identidad* propiamente nacional.

En *Motivos de Anteo* se intenta un acercamiento a ese devenir por medio de circunnavegaciones alrededor de dos conceptos, *patria* y *nación*, y algunas de sus variantes metafóricas: *tierra*, *sangre* y *memoria*. Estas tres últimas nociones poseen, además de un desarrollo histórico, delimitado en el tiempo y el espacio, un campo semántico descentrado y heterogéneo. Los conceptos de la tierra no son idénticos en las postrimerías criollas del siglo XVIII y en la primera mitad republicana del XX. Los de la sangre, por su lado, aluden tanto a las muertes en combate durante las guerras anticoloniales del XIX o las revoluciones nacionalistas del pasado siglo como al tejido de linajes y genealogías nacionales e, incluso, a la clínica discursiva de las “enfermedades del alma” colectiva, practicada por varias promociones de ensayistas cubanos.

La memoria, el último de los dispositivos metafóricos rastreados en estas páginas, adquiere desde la ilustración criolla una multiplicidad de sentidos. En Cuba, como en cualquier otro estado nacional en proceso de edificación, las memorias locales y provinciales, étnicas y genéricas, religiosas y gremiales, van acumulando, progresivamente, representaciones comunitarias hasta alcanzar, a mediados del siglo XX, una dimensión nacional. Las políticas y poéticas de la memoria, propias de la historiografía y la literatura republicanas (Ramiro Guerra, Fernando Ortiz, Jorge Mañach, José Lezama Lima, Cintio Vitier...) vendrían siendo las formas discursivas más sofisticadas del nacionalismo intelectual en Cuba.

En *Landscape and Memory* (1995), el historiador londinense Simon Schama emprendió un ambicioso proyecto de historia cultural, a partir de las representaciones occidentales de tres escenarios de la naturaleza: el bosque, el agua y la roca⁴. El deslumbrante relato que Schama consiguió narrar era el de una incontenible humanización del paisaje, a través de sangrientas luchas por su conquista física y posesión simbólica, que culminaba en un conjunto de rituales de veneración exótica, melancolía bucólica y reminiscencia comunitaria.

⁴ Simon Schama, *Landscape and Memory*, New York, Vintage Books, 1995, pp. 3-19.

El bosque, por ejemplo, según Schama, cumplía diferentes funciones en el imaginario alemán e inglés. Mientras para los alemanes el bosque era un espacio de afirmación tribal frente a la Roma imperial, de “piedras y leyes”, para los ingleses, más aristocráticamente sedimentados, era el coto de caza real, el refugio de vagabundos, forajidos y justicieros, pero también la locación propicia para el lirismo romántico.

En el mundo republicano de Francia y América, sin embargo, el bosque aparece siempre estetizado como la otredad bella que se contrapone a la modernidad urbana. El campo motiva los discursos pastorales del republicanismo atlántico y, al mismo tiempo, aquellas contrapastorales de la modernidad, estudiadas por Marshall Berman, que, desde resistencias aristocráticas o moralizaciones cristianas, exaltan el universo rural. Las identidades nacionales, concluye Schama, se hilvanan sobre una “mística particular del paisaje”, sobre una “topografía simbólica del suelo patrio”⁵.

La memoria de la tierra y de la sangre, es decir, la racionalización de un patrimonio económico y simbólico, podría ser definida como la forma depurada de autoconciencia intelectual de una cultura. Ese proceso comienza a ser perceptible en la historia de Cuba a mediados del siglo XIX, entre las élites criollas blancas. Sin embargo, como bien apunta la historiadora María del Carmen Barcia, desde entonces y hasta hoy, han habido otras representaciones familiares de la nacionalidad o, más bien, otras memorias nacionales, articuladas desde sujetos subalternos como los esclavos en el siglo XIX o los inmigrantes en el XX⁶.

La memorialización que produce toda cultura, a partir de la práctica secular de discursos y ceremonias patrióticas y nacionalistas, puede ser abrumadora. En el caso de Cuba, y de casi todos los países latinoamericanos, ese proceso tiene una fuerte presencia en el campo ideológico. La tierra y la sangre, por ejemplo, son elementos distintivos, no sólo de las narrativas fundacionales de esas naciones, sino, también, de una cuantiosa herencia de pensamiento agrario y populista, que apela a la conquista, defensa y reparto de la tierra y al sacrificio o la muerte por la patria⁷.

⁵ *Ibid.*, p. 15.

⁶ María del Carmen Barcia, *La otra familia. Parientes, redes y descendencia de los esclavos en Cuba*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2003, pp. 81-36. Ver también Verena Martínez-Alier, *Marriage, Class, and Colour in Nineteenth Century Cuba*, Cambridge, Cambridge University Press, 1973, pp. 103-119.

⁷ Juan Pérez de la Riva, *La conquista del espacio*, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 2004; Reinaldo Funes Monzote, *Azúcar, deforestación y medio ambiente. Los bosques de Cuba (1772-1926)*. Tesis Doctoral. Univesitat Jaume I, 2002.

El patriotismo y el nacionalismo, a pesar de sus diferencias teóricas e históricas, generalmente se identifican y confunden⁸. La patria y el conjunto de sentimientos y representaciones que este concepto moviliza están relacionados con patrimonios y afectos territoriales, con identidades étnicas y religiosas que no necesariamente gravitan hacia la construcción del Estado nacional. La nación y el nacionalismo, en cambio, son horizontes culturales y políticos más abarcadores, que remiten a comunidades raciales, lingüísticas o confesionales, como en el romanticismo, que se articulan a partir de principios republicanos o imperiales, como en las épocas neoclásica y moderna, o que discurren en torno a identidades “espirituales”, basadas en tradiciones, costumbres o “temperamentos”, como sucede en tantas experiencias postcoloniales.

En la historia intelectual de Cuba es fácilmente discernible un patriotismo criollo, como el estudiado por Severo Martínez Peláez para Guatemala y David Brading para México, que se extiende desde fines del siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX y que atraviesa discursos y prácticas relacionados con la defensa de la Habana contra los ingleses, los intentos junistas de 1808, las conspiraciones masónicas, bolivarianas y abolicionistas de las tercera y cuarta décadas del XIX, la poesía de Rubalcava, Zequeira, Milanés, Heredia, Avellaneda y Plácido y los escritos de Cabañero, Arango, Varela, Saco, Luz y Del Monte⁹.

⁸ Existe una vasta bibliografía sobre la distinción entre patriotismo y nacionalismo. Menciono sólo algunos títulos recientes: Homi K. Bhabha, *Nation and Narration*, New York, Routledge, 1990; Eric Hobsbawm, *Nations, and Nationalism since 1780. Programme, Myth, and Reality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990; Etiene Balibar and Immanuel Wallerstein, *Race, Nation, Class. Ambiguous Identities*, New York, Verso, 1991; Gil Delanno y Pierre-André Taguieff, *Teorías del nacionalismo*, Barcelona, Paidós, 1993; Marcel Gaucher, Pierre Manent y Pierre Rosanvallon, *Nación y modernidad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1995; Montserrat Guibernau, *Los nacionalismos*, Barcelona, Ariel, 1996; David Miller, *Sobre la nacionalidad. Autodeterminación y pluralismo cultural*, Barcelona, Paidós, 1997; Maurizio Viroli, *For Love of Country. An Essay on Patriotism and Nationalism*, Oxford, Clarendon Press, 1997; Margaret Levi, *Consent, Dissent, and Patriotism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997; Ernest Gellner, *Nacionalismo*, Barcelona, Destino, 1998; Martha C. Nussbaum, *Los límites del patriotismo. Identidad, pertenencia y ciudadanía mundial*, Barcelona, Paidós, 1999; Juan Pablo Fusi, *La patria lejana. El nacionalismo en el siglo XX*, Madrid, Taurus, 2003; Antonio Annino y Francois-Xavier Guerra, *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, FCE, 2003.

⁹ Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo. Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*, México, FCE, 1998, pp. 99-149; David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Era, 1980, pp. 15-42.